

**Mark D. Anderson. *Disaster Writing: The Cultural Politics of Catastrophe in Latin America*. Charlottesville and London: U of Virginia P, 2011. Print. 241 pages**

---

MARTÍN CAMPS  
UNIVERSITY OF THE PACIFIC

*Disaster Writing* examina el desastre natural como un suceso azaroso que evidencia nuestra fragilidad ante una hecatombe como la explosión de un volcán, o la fuerza destructora de un huracán y el resultado catastrófico que exhibe la inoperancia de los gobiernos y la mala ubicación de las ciudades. El libro de Mark Anderson encuentra una veta en los abigarrados estudios literarios y propone un tema fresco, riguroso y con un juicioso estudio de novelas, poemas y crónicas, en República Dominicana, Centroamérica, Brasil y México.

En la introducción, el autor nos indica que los desastres naturales no sólo son el infausto suceso que descarrila el orden regular de las cosas, sino que ellos “represent the intersection of natural hazard such as earthquakes, hurricanes, and volcanic eruptions with human populations in varying states of economic, social, and cultural vulnerability” (1). En efecto, los seres humanos comparten responsabilidad en la desgracia por exponerse al erigir ciudades o acumularse masivamente sobre fallas geológicas o en zonas costeras a la merced de tempestades. Los seres humanos construimos nuestra modernidad sobre un terreno inestable y la tierra no firma contratos de no agresión o desalojo repentino. Los desastres y el precio humano que cobran, nos recuerdan que somos sólo inquilinos de este planeta. En América Latina, los climas tórridos y los cataclismos geológicos nos recuerdan constantemente de la posibilidad fatal del desmoronamiento de la “ciudad letrada”. Los desastres, como escribe Anderson “dinamizan la cultura” (8); son la coartada perfecta para disolver el orden social, por ejemplo los poderes coloniales temían el levantamiento de los esclavos durante el terremoto de 1746 en Perú (14). Además, en la tradición literaria, uno de los temas autóctonos fue la naturaleza indomable en las denominadas novelas telúricas o criollistas. Donde contrario a lo que se piensa, apunta Anderson, la naturaleza no es quien vence al protagonista, sino la explotación humana lo que marca su fracaso.

En el capítulo “Disaster and the ‘New Patria’” estudia cómo el huracán San Zenón que azotó la República Dominicana a principios de septiembre de 1930 coadyuvó a la consolidación de la dictadura de Rafael Leónidas Trujillo que se instauró como el hombre fuerte y único salvador durante y después del desastre; haciendo uso de sus habilidades militares para organizar las labores de salvamento. El Trujillato aprovechó la variable inesperada del cataclismo para convertirla en una tragedia útil, en un discurso nacional que definiría su política cruenta. Trujillo parece apropiarse simbólicamente de las características devastadoras del siniestro para continuar azotando la isla durante treinta años; los tres mil muertos que dejó el huracán Zenón fueron una cifra baja en comparación de los treinta mil muertos durante el mandato de “El chivo”.

En el segundo capítulo, “Drought and the Literary Construction of Risk in Northeastern

Brazil”, se estudia el desastre de la sequía en el nordeste brasileño. El “sertão” ejerce una influencia importante en el imaginario brasileño donde se han escrito abundantes novelas que relatan la marginalización y la emigración (los conocidos como *os retirantes*) de la pobreza generada por la inclemencia del clima. Anderson nos recuerda que el término “sertão” “arose during the Portuguese colonization of Africa, when it was used to designate uninhabited spaces in the interior slated for future conquest” (61). En efecto, el “sertão” se convierte en lo opuesto de la región del “litoral” donde se concentran las grandes ciudades costeras. La nómina de autores y novelas analizadas en este capítulo es abundante. Desde *O sertanejo* (1875) de José de Alencar, pasando por *Os Sertões* (1902) de Euclides da Cunha, *O quinze* (1930) de Rachel de Queiroz, *Vidas secas* (1938) de Graciliano Ramos y el poema *Morte e vida Severina* (1955) de João Cabral de Melo Neto, entre otras muchas obras.

El tercer capítulo titulado “Volcanic Identities” analiza el “explosive nationalism and the disaster subject” en la literatura centroamericana. Anderson se concentra en el escritor guatemalteco Luis de Lión y su experiencia en el Volcán de Agua, así como la novela *Cenizas de Izcalco* (1966) de Claribel Alegría y Darwin Flakoll, *Los perros mágicos de los volcanes* (1990), la “Parábola a partir de la vulconología revisionista” (1974) de Roque Dalton y la “Oda al Mombacho” (1934) de José Coronel Urtecho. Anderson propone que “volcanic tremors suggest the immanence of a traumatic schism in individual as well as social identities due to psychological trauma inflicted living under repressive regimes, resulting in representations of what I call the ‘disaster subject’” (111). Los volcanes son testigos de las divisiones entre los habitantes de esta zona y también representan el potencial cataclísmico para descarrilar la opresión.

El cuarto capítulo, titulado “Fault Lines: Mexico’s 1985 Earthquake and the Politics of Narration”, es un recuento muy completo de uno de los desastres naturales más dolorosos de la historia mexicana, el terremoto del 19 de septiembre de 1985, justo un año después de la explosión de gas líquido en el pueblo de San Juan Ixhuatepec (San Juanico) que dejó miles de muertos y damnificados en otro día 19, pero de noviembre de 1984. Las víctimas del terremoto “represented the demise of an era of institutionalized social order that had already entered into crisis with the 1982 collapse of the peso and President Miguel de la Madrid’s transition toward neoliberal economic policies” (146). Como es sabido, el terremoto es uno de los hitos del despertar de la conciencia mexicana que desembocó con el fin del Partido Revolucionario Institucional (PRI) en el poder en el año 2000. Si la masacre de estudiantes de 1968 en la Plaza de las tres culturas significó la mano fuerte del Estado mexicano para aplacar cualquier disensión con el poder del entonces Presidente Gustavo Díaz Ordaz. Entonces el terremoto del 85 significó la capacidad de organización del pueblo mexicano que actuó heroicamente ante la invalidez del gobierno para organizar ayuda, para rescatar a los sobrevivientes y sobre todo por la censura de Televisa que intentó minimizar el desastre. En efecto, como escribe Anderson: “one of the reasons the Mexican government appeared to be paralysed in its initial response to the earthquake was due precisely to this highly codified corporatist structure” (151). Precisamente, la burocracia mexicana era un paquidermo incapaz de socorrer a ninguno. Este cataclismo sin duda significó la ruina también de un gobierno anquilosado e incapaz de proteger a sus ciudadanos. La mayoría de los edificios estaban mal preparados para terrenos arcillosos y muchas escuelas se desmoronaron por la falta de códigos estrictos de construcción y por

la rampante corrupción. Este capítulo se concentra en la crónica como un género efectivo para relatar y denunciar fenómenos políticos, por ejemplo en *Nada, nadie: las voces del temblor* (1988) de Elena Poniatowska y *Entrada libre* (1987) de Carlos Monsiváis. Es particularmente interesante el análisis de cómo el Presidente Carlos Salinas de Gortari intentó apropiarse del lenguaje de “solidaridad” surgido a partir del temblor, con fines políticos en su “Programa Nacional de Solidaridad” (PRONASOL).

En resumen, *Disaster Writing* nos recuerda que “disaster precipitates political crises”; los siniestros son un catalizador natural para preparar a los ciudadanos de un determinado país para cambios sustanciales como en el caso de México o para afianzar dictaduras como en el caso de República Dominicana. Los desastres funcionan como el cemento cultural para definir naciones, cohesionar los tejidos sociales y consolidar la comunidad imaginaria en estado de emergencia. Sin duda, un libro original, estupendamente escrito y acorazado de una inmejorable investigación.